

# La sociedad occidental después de la pandemia

Autoría: Tomás Van de Walle Sotomayor

Afiliación: Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología; exconsejero de Política Territorial y Medio Ambiente del Gobierno de Canarias; exdiputado del Parlamento de Canarias; Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria

| TIPO                 | PÁGINAS | IDENTIFICADOR       |
|----------------------|---------|---------------------|
| Ensayo sociopolítico | 229-233 | TDL-77-2021-229-233 |

## RESUMEN DOCUMENTAL

Reflexión prospectiva sobre los posibles cambios de la sociedad occidental después de la pandemia. El autor parte de los efectos visibles sobre salud, economía y empleo para analizar la digitalización acelerada, las desigualdades, el papel de los sistemas públicos y las transformaciones de la vida colectiva. Advierte de la dificultad de predecir cambios duraderos y propone observar con cautela las tendencias que la crisis ha intensificado.

## PALABRAS CLAVE

sociedad occidental · COVID-19 · pospandemia · digitalización · desigualdad · economía · cambio social

## CITA BIBLIOGRÁFICA

Tomás Van de Walle Sotomayor. «La sociedad occidental después de la pandemia». Torre de los Lujanes, n.º 77, 2021, pp. 229-233. ISSN 1136-4343.

## La sociedad occidental después de la pandemia

Tomás Van de Walle Sotomayor,  
marqués de  
Guisla Ghiselin  
Licenciado en  
Ciencias Políticas y  
Sociología ( antropología social),  
Exconsejero de  
política territorial  
y medio ambiente  
del Gobierno de  
Canarias, Exdiputado del Parlamento de Canarias,  
Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria

Hacer suposiciones sobre lo que va a pasar después de la pandemia es todavía más quimérico que imaginar el mundo que será pero que todavía no es.

Los daños más aparentes que ha infligido la temible pandemia de Covid 19 sobre la configuración de la sociedad que conocíamos son sobre la salud, la economía en su conjunto y sobre el empleo.

Los miles de muertos y los centenares de miles de afectados, los millones de vacunados, son el testimonio más evidente de la ferocidad del azote que nos ha castigado. Frente a esta realidad los sistemas sanitarios tendrán que crecer en cantidad y calidad y desarrollar auténticas mutaciones organizacionales y funcionales para ponerse a la par con la nueva realidad.

Millones de parados por el cese de la actividad económica y miles de empresas abocadas al cierre y a la ruina por los confinamientos y las medidas sanitarias de restricción de contactos y de distanciamiento. Hay sectores enteros de la economía devastados, otros muy dañados y otros que a pesar de sufrir pérdidas están en condiciones de sobreponerse en poco tiempo. Las regiones que tienen una importante sector turístico han sufrido un golpe económico tan duro que es muy difícil que puedan recuperarse en pocos años.

La incertidumbre sobre el control y la estabilización de la extensión de la pandemia es inmensa y esta es una buena razón para explicar las torpezas de las políticas económicas habituales para afrontar esta crisis súbita y masiva.

Millones de personas del sector servicios se van a ver sin empleo o en situaciones de empleo muy precarias que además ya venían de atrás, de los años de la Gran Depresión de 2008. Según dicen los analistas económicos serán los jóvenes y los de baja cualificación profesional, los que sufrirán más crudamente los efectos de esta crisis, así como los trabajadores y autónomos de los territorios donde predomina el sector servicios.

Por lo tanto las consecuencias de la pandemia-crisis económica y social son terribles y de un alcance que todavía no podemos percibir del todo.

Estos problemas sociales y económicos van a producir efectos políticos que puede que sean tan sorprendentes como la propia pandemia.

A pesar de todas las consignas del tipo Orwell (me refiero a la novela “1984”) que los poderes públicos desparraman a buen precio por los medios de comunicación, de esta crisis no saldremos ni “mejores” ni “más unidos” sino con muchas heridas, más empo-

brecidos y con un profundo rencor y dolor por las muertes que no tuvieron que ser ni que ocurrir.

Se señala con frecuencia que la globalización de la economía va a sufrir retrocesos e importantes modificaciones por la necesidad de reforzar la economía nacional en aquellos sectores que sean útiles para afrontar pandemias o crisis sanitarias de gran trascendencia.

Pues me inclino a pensar que no, que la globalización de la economía y los empleos seguirá su marcha ineluctable. Donde la globalización se detendrá o sufrirá cambios importantes será en aquellos aspectos de la seguridad y la defensa que las potencias, especialmente las grandes potencias, decidan que les conviene para salvaguardar su poder militar o su influencia política y cultural.

El mundo asiste a un duelo de titanes entre los Estados Unidos y China, cada vez más abierto y descarado. Hasta ahora la gran potencia hegemónica, consciente como era del ascenso del gran rival, creía posible mantener la distancia entre su liderazgo y el imparable caminar de China. Después de la desastrosa presidencia de Trump, y a pesar de sus medidas económicas drásticas en contra de la economía china, quedó claro que la infinita torpeza estratégica del showman era incapaz de parar el paso avasallador de los chinos.

Con el nuevo presidente Biden se percibe el surgimiento de una estrategia de largo alcance que puede dar sus frutos en el medio plazo: las democracias pueden ser más eficaces que la dictadura pseudocomunista china para solucionar los problemas económicos y sociales y promover el desarrollo científico y tecnológico.

Es temible pensar que una dictadura, que algunos también denominan como una “dictadura digital” pueda llegar a convertirse a los ojos de millones de personas, en el paradigma de la Buena Sociedad. Aquí habríamos llegado al estado totalitario descrito por George Orwell en “1984”.

Estamos presenciando, si nos fijamos con cuidado en lo importante e ignoramos por el momento los ruidos ambientales, unos cambios sociales y políticos muy sorprendentes por lo nuevo que significan y lo difícil que son de aprehender.

La complejidad política que observamos ante nosotros no es fácil de comprender.

Las clases sociales se hacen borrosas y porosas entre sí pero no dejan de marcar a fuego las vidas de la gente. La ideología democrática o socialdemócrata que la mayoría de los “occidentales” abrazamos hace opaca o minimiza en apariencia las gigantescas diferencias sociales y de renta en las sociedades. La potencia del consumo de masas en Occidente hace creer a muchos que las diferencias sociales se han superado o borrado. Nada de eso es real. Es solo aparente. Aunque es innegable la mejora del nivel de vida de la clase trabajadora que por su parte reniega de ser considerada así porque prefiere ser vista como “clase media”.

La nueva criatura política que ha alumbrado esta complejidad social es el populismo.

Esta forma de acción y de análisis de la realidad del poder político se extiende en la medida que la realidad compleja de la política se comprende menos y se piensa inmanejable.

La receta del populismo es tan simple como su praxis: soluciones políticas simples a problemas complejos, enfrentar al “pueblo” contra las élites previa creación de la definición de “élite”. Puede ser de izquierdas o de derechas aunque es más frecuente el segundo pues muchas veces se confunde, por parte de los propios interesados en cubrir las apariencias, el populismo de izquierdas con una especie de neocomunismo que huye de llamarse así después del colosal fracaso político y económico del Estado soviético, pero que tiene como modelo oculto el sistema soviético.

Llamarse en esta época comunista está tan mal visto como llamarse fascista.

Como ha ocurrido muchas veces en los dos últimos siglos la ciencia y la tecnología deslumbran más veces de lo que sencillamente deberían producir, que es iluminar el camino del conocimiento y del saber.

En las últimas décadas el desarrollo vertiginoso de la economía digital y las tecnologías de la comunicación han permitido pensar que estas nuevas técnicas por sí mismas pueden generar una sociedad mejor, más justa, más democrática. Generan una economía más grande, quizá más flexible, cambios en muchas de las prácticas de relaciones sociales, pero no eliminan las clases sociales, la dureza del poder económico y político, y las necesidades de la seguridad y de la defensa nacional de los Estados.

Sin embargo la creación tan rápida de las varias vacunas existentes contra la Covid 19 ha sido uno de los grandes logros de la ciencia y de la tecnología que debemos reconocer y elogiar como una auténtica tabla de salvación para la humanidad en su conjunto.

Las vacunas y el enorme esfuerzo científico y técnico que las ha producido son una de las pocas buenas cosas que han pasado desde marzo de 2020.